

ELENA MOYA

La Candidata

Una mujer, un ideal político
y unas elecciones generales que
la cambiarán para siempre



La Candidata es una novela sobre los prejuicios y dificultades a los que se tienen que enfrentar las mujeres al ocupar, o pretender ocupar, mantener o conseguir un puesto de poder. La novela es un grito por la igualdad; que las mujeres representen la mitad de la población universitaria no significa nada si a la hora de la verdad no llegan al poder, sobre todo al poder más alto: el económico. La novela también profundiza sobre qué supone para las mujeres el poder, qué les empuja a buscarlo, qué significa para ellas, para qué lo quieren y qué consecuencias tiene cuando lo consiguen.

Isabel es ministra de Economía y principal candidata por su partido en unas elecciones generales. Por el camino perderá y ganará muchas cosas, y personas. Pero en esta novela Elena Moya ahondará también en la vida de Victoria Kent, la primera mujer en España que ocupó un cargo público — durante la República— y una de las principales fuentes de inspiración de Isabel. La novela refleja los paralelismos entre las vidas de las dos mujeres, que solo al final tomarán un rumbo diferente.

Para mamá y mis hermanas Susana y Sofía

1

Que el poder es solitario, sobre todo para una mujer, siempre lo he sabido; de hecho, mucho mejor de lo que yo quisiera. Pero nunca había sospechado que la soledad del poder pudiera ser tan dolorosamente cruel como la sentí aquella noche, y a esas alturas de la vida, con dos décadas de experiencia a mis espaldas y en una posición sin duda privilegiada.

Aquella noche, más que nunca, todo estaba quieto y silencioso. Demasiado. Desde la ventana de mi espacioso despacho observaba el ir y venir de coches y peatones por la calle Alcalá. La noche era fría y oscura, casi invernal. La gente se dirigía hacia el metro, seguramente para ir a sus casas o a cenar con sus amigos. Qué suerte tenían. Yo hacía tiempo que había dejado de ser normal, básicamente desde que decidí dedicarme a la política, pero sobre todo desde hacía dos años, cuando el presidente del gobierno me había nombrado ministra de Economía, la primera mujer en ocupar tal cargo en la historia de España.

Había conseguido mucho en dos años, pero ¿para qué? Otros podrían llegar ese mismo domingo y deshacer todo cuanto había conseguido, borrando por completo mi labor, mis años de esfuerzo. Mi despacho podría volver a ser tan oficial y decadente como cuando entré en él por primera vez: sofás de cuero viejos, alfombras verdes desgastadas, una foto del rey algo torcida, una mesa grande, pesada, con un ordenador de los años noventa, unas sillas de museo más que de trabajo y un sinfín de jarros y jarrones con

motivos florales de lo más horteras. Todo ello buen reflejo del grado de modernidad y frescura de nuestra democracia.

Gracias a Ingeborg, mi homóloga danesa y con quien hice buenas migas en Bruselas, conseguí dos sillas Jacobsen, las famosas «orejudas», que inmediatamente le dieron al despacho un aire más sofisticado. Hice quitar las alfombras para rescatar el precioso parqué antiguo que había debajo y colgué réplicas de un cuadro de Picasso y otro de Miró que empequeñecieron el retrato del rey, que nunca pude descolgar por cuestiones de protocolo, pero que al menos logré esconder en una esquina, detrás de un ficus enorme que casi llegaba al techo. Había llenado la estancia de plantas para darle más vida y para recordarme en todo momento que la economía de un país precisaba las mismas atenciones y cuidados que las orquídeas, violetas, cintas y drácenas que había dispuesto junto a las ventanas y en todos los rincones. Mi mesa de trabajo cambió de un estilo Luis XIV a otro más propio de Steve Jobs e hice que me instalaran dos pantallas Bloomberg y un Apple lo más grande posible; siempre me ha gustado ver las cosas claras. Yo estaba allí para trabajar y no para perder el tiempo, pasarlo bien o impulsar mis proyectos personales futuros. Ilusa.

Esa noche, agotada, me senté en el sofá que tenía en el despacho y acaricié el tomo que me había acompañado durante mis dos años de ministra. Eran unas memorias inéditas de Victoria Kent que el director del Ateneo, un republicano de alma y pecho, me había regalado un día que fui allí a dar una conferencia sobre mujeres y economía. No acudieron más de veinte personas y todas mujeres, ya que para muchos el feminismo está pasado de moda y ha dejado de interesar. El acto no estuvo mal, pero lo mejor de la noche fueron esas memorias que el viejo director me entregó con tanto cariño. Mirándome a los ojos, me aseguró que aquel volumen me serviría de inspiración porque la Kent, como se la conocía en tiempos de la República, había sido

la primera mujer en ocupar un cargo ejecutivo en un gobierno español. La andaluza con nombre inglés —su bisabuelo, un marino británico, se había casado con una malaqueña— no le hizo ascos a Alcalá-Zamora cuando la nombró directora general de prisiones, el puesto menos glamoroso del gabinete pero que ella aceptó con tanta elegancia como entusiasmo. En tan solo dos años la Kent dignificó la mayoría de cárceles del país, que hasta entonces tenían más de cuadra que de centro penitenciario. Por más rufianes que fueran los delincuentes, la Kent fue la primera en reconocerlos como personas y luchar por sus derechos.

Empecé el libro nada más volver del Ateneo y desde la primera página me impresionó. Todavía recuerdo un pasaje sobre la etapa del exilio francés, cuando coincidió con un grupo de obreros españoles en una fábrica en Toulouse. Al reconocerla, uno de ellos le contó que un primo suyo había estado en la prisión de Teruel a finales de la República y que le había hablado de la biblioteca a la que tenía acceso, de los campos de fútbol que habían construido, del hecho de que su mujer le pudiera visitar los fines de semana y hasta del buzón de sugerencias que la directora general había puesto a disposición de todos. El primo en cuestión había entendido la idea que Victoria siempre promulgó sobre corresponsabilizar al preso de su propia recuperación y había salido de la cárcel justo antes de empezar la guerra.

Yo siempre había soñado con algo parecido. Admiradora del británico J. S. Mill, quería ser recordada por ayudar de manera real y concreta al mayor número de personas posible. Por eso me dediqué a la política y por eso acepté la cartera de Economía, por más que todas las hienas de la prensa más conservadora y recalcitrante del país se me echaran encima justo después de mi nombramiento. Me acusaban de no tener ni preparación, ni experiencia, ni talento, ni qué sé yo cuántas cosas más. Siempre he intentado ignorar a la prensa al máximo, pero todos sabemos que eso es imposible.

Unirme al gobierno a los dos años de empezada la legislatura tampoco fue fácil. Además me tocaba sustituir a un ministro que, sin haber hecho mucho, se llevaba bien con todos los estamentos relevantes, como presidencia, banca, sindicatos y prensa. Precisamente por no haber tomado decisiones importantes, ninguna de esas fuerzas sociales le pudo atacar. También tuvo toda la suerte que a mí me faltó; su mandato coincidió con los dos últimos años antes de la crisis, el final de una burbuja donde todo parecía subir: los salarios, el precio de las casas, la producción..., todo. El país estaba lleno de grúas y el paro no hacía más que bajar, aunque fuera a costa de contratos basura, pero eso no lo decía nadie. Algunas voces sensatas empezaban a insinuar que aquello no era sostenible y él, que no tenía un pelo de tonto, debió de ver lo que se avecinaba. Dejó su puesto en cuanto pudo, o en cuanto le surgió la oportunidad de presidir el Fondo Monetario Internacional, un glamuroso puesto en Washington esplendorosamente pagado y que encima implicaba múltiples viajes por todo el mundo, un *bonus* irresistible para hombres con ganas de pasar algunas noches fuera de casa.

Nada más llegar al Ministerio, la burbuja financiera explotó y me tocó a mí lidiar con las consecuencias: desde la drástica subida del paro o el rescate o no rescate por parte de la Unión Europea, hasta viles acusaciones por parte de la prensa y la oposición, e incluso de algunos compañeros de gabinete, de ser yo la causante de la crisis y de la pérdida de popularidad del gobierno. Ser mujer también me hacía más visible y vulnerable como blanco de críticas; la vida es a veces tan mezquina que los ataques suelen dirigirse hacia las personas o grupos que se perciben como más débiles, empezando por las mujeres.

Pero yo siempre intenté remar hacia delante, respaldada y animada por colegas extranjeras como Ingeborg y por cuanto leía en el libro de la Kent sobre la infatigable determinación de las tres primeras diputadas de España: Clara

Campoamor, Margarita Nelken y la propia Victoria. Qué fuerza tenían. Pero cómo acabaron las tres: tristes, solas y exiliadas. A veces me pregunto si será eso lo que el futuro me deparará a mí también.

En esos pensamientos estaba ese viernes por la noche cuando Estrella, la secretaria que me ha acompañado en los últimos doce años, entró en el despacho con el *gin-tonic* que le había pedido. En principio, el alcohol está prohibido en todas las estancias oficiales, pero el poder viene con tanto estrés y responsabilidad que es de humanos hacer alguna excepción en ocasiones especiales y esa era una de ellas. Mi criterio siempre ha sido que si algo es bueno para mí y me ayuda a relajarme y a pensar mejor, también lo será para el país. Así que Estrella aprendió a prepararme los mejores *gin-tonics* que he probado en mi vida —en copa grande, hielo del que no se deshace, eneldo, tónica de la que engorda y un chorrito de Gin Mare—. Son mucho mejores que los que me han servido en las coctelerías más famosas del mundo, aquí en Madrid, en Nueva York o en Kuala Lumpur.

Esa noche, además, lo necesitaba más que nunca. Estaba nerviosa y exhausta y tenía un fin de semana muy largo por delante. Un *gin-tonic* era lo que mejor me podía sentar en ese momento.

—Aquí tienes, Isabel —dijo Estrella, quien con los años por fin había aprendido a tutearme. Con su desenvoltura y delicadeza natural, la joven dejó el vaso sobre la mesa de cristal junto al sofá, para lo que tuvo que apartar el sinfín de revistas y periódicos que, como de costumbre, yo tenía amontonados.

Siempre me ha gustado leer prensa internacional y nada más llegar pedí que me suscribieran al *The Economist*, al *Wall Street Journal*, al *Financial Times* y a *Barrons*. Tuve que insistir lo increíble para conseguirlo, porque el encargado de suscripciones de la casa nunca entendió para qué necesitaba prensa extranjera si mi labor era mejorar la economía

del país. Me sorprendió que mi antecesor no recibiera ya esas publicaciones tan necesarias para una persona en ese cargo, pero todavía me sorprendió más tener que cancelar las suyas: *Interviú* y *Viajar*.

Poco a poco fui amontonando pilas de libros, carpetas y blocs de notas sobre las tres mesas que tenía en el despacho, la de café, la de reuniones y la mía. Me gusta el desorden controlado, que me ayuda a pensar libremente, sin ataduras; lo contrario, el vacío y el orden extremo, me pone un tanto nerviosa pues no lo veo natural. Lamentablemente, eso fue lo que encontré al llegar: mesas vacías, carpetas polvorientas, estanterías sin libros, por no mencionar los juegos de café de plata que enseguida pasaron a mejor vida. Yo ya me traía un café del Starbucks todas las mañanas y prefería no tomar cafeína a partir de las once. Después, bebía té herbales todo el día hasta la hora del *gin-tonic*, ya por la noche.

—Muchas gracias, Estrella, no necesito nada más; por favor, vete a casa que es tarde —dije mientras me esforzaba por sonreír. Estaba agotada.

Eran más de las diez y apenas hacía una hora que había vuelto de un tenso debate en la televisión pública. Eso, después de una mañana repleta de reuniones y de atender multitud de llamadas de última hora durante toda la jornada.

—¿Seguro que no necesitas nada más? ¿Qué vas a cenar?

—No te preocupes —contesté—, si tengo hambre, pediré una pizza.

—De acuerdo, Wuri —me respondió con una sonrisa socarrona.

Wuri era el gato que mi marido y yo teníamos en Londres, donde vivimos unos años después de acabar la carrera. El nombre es en realidad el de un remoto pueblo etíope nada conocido en España y casi tampoco en la propia Etiopía. Me traía tan buenos recuerdos que lo elegí como clave

de seguridad informática y como consigna cuando necesitaba que Estrella interrumpiera alguna reunión. Si tenía que hablar con algún miembro de mi equipo o compañero de gobierno que estaba reunido con personas ajenas a Moncloa o al Ministerio, Estrella decía que tenía al señor Wuri al teléfono para así mantener la confidencialidad y la discreción. La consigna también me ayudaba para asuntos más prosaicos: el personal de seguridad a la entrada del Ministerio sabía que si llegaba una pizza o un paquete para el señor Wuri, era para mí. También usaba el nombre para reservar restaurantes u hoteles a título privado, pues nunca se me ocurrió pedir a Estrella que dedicara a mis asuntos personales un tiempo que pertenecía a los contribuyentes.

De la misma manera he intentado no invadir el tiempo libre de los miembros de mi equipo o, si lo he hecho, he procurado que se les paguen todas y cada una de las horas extras. Creo en tratar al personal lo mejor posible, ya que mi objetivo siempre ha sido gobernar más que mandar. Para mandar basta el palo, mientras que el gobierno es cuestión de pensamiento, tacto y acción. Siempre he creído en lo segundo, por más que a mi alrededor sobre todo haya visto lo primero.

Por fin me quedé sola, sentada en la silla danesa y seguro que con la misma expresión que esas mujeres tristes y solitarias de los cuadros de Hopper. Mis manos, asidas al *gin-tonic*, temblaban ligeramente. Las tenía frías. Cerré los ojos y sentí el peso del mundo sobre mis espaldas. Respiré hondo, muy hondo. Mi destino y —sin ánimo de ser egocéntrica— el del país estarían en juego en tan solo dos días. Ese domingo había elecciones generales y yo era la primera mujer candidata a la presidencia del gobierno de la historia de España.

2

Pasé frío y tuve temblores toda la noche, en la que apenas pegué ojo. El Ministerio es un edificio enorme con estancias amplias y techos altos, por lo que el anticuadísimo sistema de calefacción no llega, ni mucho menos, a todos los rincones. Por más que hubiera cambiado casi la mitad de tuberías y puesto doble ventana en el despacho, este era un lugar gélido, sobre todo de noche.

No había querido ir a casa porque Gabi, mi marido, había volado a Santiago para ver a su madre, que estaba muy enferma. No entendía cómo podía dejarme sola justo entonces, pero supuse que si yo hubiese tenido una madre a punto de morir también habría acudido a su lado.

Estaba tan cansada que al final me medio dormí en el sofá de cuero, incomodísima, tapada con la manta que guardaba siempre en el armario para estas ocasiones. La crisis financiera había llegado a tales extremos que durante los últimos meses había pasado varias noches en el despacho pegada a las pantallas siguiendo la cotización de nuestra deuda en América (cuyos mercados cierran cuando aquí son las diez de la noche) y en Asia (que arranca dos horas más tarde). Los mercados ni comen, ni duermen, ni se van de vacaciones, y por descontado que no tienen corazón. Por eso siempre ganan. Es una lección que aprendí pronto.

Acurrucada en el sofá, esa fue quizá la única noche durante todo mi mandato que no miré el precio de nuestros bonos antes de irme a dormir. Supongo que por lo agotada que estaba, y también por tener la cabeza totalmente cen-

trada en la campaña y en el domingo. Me vinieron a la cabeza un sinfín de *flashbacks* del último mes, que me había dejado seca. Durante cuatro semanas me desperté a diario en una ciudad diferente, donde solía desayunar con la prensa, reunirme con asociaciones locales y luego comer con el *establishment* de turno: encuentros agotadores con café, copa y puro, que odiaba. Por la tarde nos reuníamos para analizar la campaña y por las noches siempre había un mitin para el que tenía que prepararme, vestirme y sobre todo sonreír, inspirar confianza y mostrar una energía desbordante, que a esas horas del día ya no tenía. La parte positiva era que nunca veía una silla vacía, porque la asistencia a mítines hoy en día es como casi todo: se compra y ya está. Si no teníamos suficientes simpatizantes en un pueblo o ciudad, no había más que llamar a las dos o tres mayores asociaciones locales, prometerles algo (pequeño) y asunto resuelto. En las grandes capitales no había problema, pues siempre hay suficientes afiliados a los partidos mayoritarios, como era entonces el mío.

Aun así, la campaña exigía casi más de lo que yo podía dar, sin dejarme por supuesto ni un segundo para mí. Durante esas interminables cuatro semanas tan solo pude salir a correr un día, después de una reunión que acabó a las once de la noche, lo que enfureció al servicio de seguridad que me acompañaba. Era tarde, pero mucho más temprano de lo que solían acabar las cenas y mítines nocturnos. El poder permite emprender grandes acciones, pero siempre con un alto coste personal ya que uno pierde toda su independencia y, como descubrí después, posiblemente mucho más.

Acabé la campaña exhausta, débil. Había perdido la forma física que conseguí pocos meses después de mi nombramiento, cuando Estrella me encontró por internet un entrenador personal que me acribillaba dos veces por semana en el gimnasio del Ministerio. Yo misma hice instalar ese espacio para uso exclusivo de los empleados, empezando

por mí, nada más llegar. El deporte siempre había sido una de mis prioridades, ya que un país no puede prosperar económicamente si su población no está sana y en forma. De hecho, una de las estadísticas que más me impresionó al principio, cuando me pasé dos meses enteros revisando datos y números para conocer mejor nuestra economía, fue el número de personas que iban corriendo al trabajo: aunque todavía muy bajo, se había casi doblado en apenas doce meses. Siempre había creído en los medios de transporte sostenibles, y no digamos ya en reducir la contaminación, así que al poco de llegar introduje un programa para incentivar a los corredores. Fue un éxito rotundo, una de mis primeras victorias y que más tarde me ayudó a conseguir el liderazgo del partido. Un partido que, por muy socialista que fuera, era un bastión de masculinidad y de desigualdad. Solo por citar un ejemplo, el comité que *de facto* gobernaba el colectivo se autollamaba, y les llamaban, «los barones», dejando poco espacio para mujeres aspirantes como yo.

Por fortuna nuestro presidente, GR, era más moderno y justo, e incluso algo democrático. Siempre nos habíamos llevado bien, aunque la verdad es que antes de mi nombramiento nos conocíamos poco. Fue, quién lo iba a decir, un exministro de la oposición, un amigo ahora reconvertido en consultor político, quien le alertó de mi trabajo en el Ministerio de Administraciones Públicas, donde empecé. Allí, como secretaria general, hice y deshice a mi antojo, pues el ministro estaba tan ocupado en labrarse su propio futuro que apenas sabía lo que ocurría puertas adentro. Mientras él se dedicaba a comer (de doce a cinco de la tarde) con banqueros y los presidentes de las principales empresas telefónicas y eléctricas del país, yo tomaba las decisiones que siempre había soñado: cambiar los horarios del Ministerio para hacerlos más europeos, acortar la hora de comer, poner una guardería o subir el nivel al que pudieran llegar los técnicos del Estado, para así evitar que absolutamente to-

dos los altos cargos públicos fueran nombramientos a dedo. También instalé un nuevo sistema de control de costes que enseguida notificaba los excesos. Como me esperaba, fueron los gastos del propio ministro los que más problemas me dieron. Nunca entendí por qué tenía que organizar reuniones en El Bulli, en la Costa Brava, o en Arzak de San Sebastián, para lo que también había que pagar coches y chóferes.

No tuve el valor de alertarle, por lo que él siguió comiendo, cenando y viajando con los políticos, empresarios y magnates mediáticos más poderosos del país por adonde quería, pidiendo los vinos más caros y las carnes o los pescados más exóticos. Creo que aprobar la factura del bacalao negro de doscientos euros que se tomó en Bilbao es la firma que más me ha costado hacer en toda mi vida. Para él aquellas reuniones eran una inversión y, efectivamente, ya las ha rentabilizado: ahora forma parte del consejo de administración de la principal petrolera española y de otras empresas cuasipúblicas, lo que le permite vivir en Pozuelo, una de las zonas más caras de Madrid, rodeado de futbolistas y otros folclóricos.

Todos hacen lo mismo. Hasta mi amigo Manolo, el consultor político, que después de ser ministro se montó una empresa de *networking*, una manera fina de decir «abrepuertas» o, sencillamente, «enchufes». Con la agenda llena, él cobra cantidades ingentes a empresas internacionales por presentarles a los políticos y empresarios que les facilitarán una entrada al país rápida y eficiente. Los inversores están dispuestos a pagar porque este *fast track* les evita el riesgo de toparse con la Administración o de dedicar meses a obtener unos permisos que igual nunca llegan. Todo ejecutado de una manera elegante, en palcos o sobre manteles de hilo, o en fiestas exclusivas. Mi amigo es un tipo listísimo, un gran estratega. Una vez me contó que fue precisamente él, un conservador de toda la vida, quien una noche le trazó a GR la estrategia para llegar a la presidencia,

incluso cuando los conservadores tenían todas las de ganar en las siguientes elecciones. En cuatro trazos mal escritos sobre una servilleta de papel, Manolo le había aconsejado tejer tan solo cuatro alianzas y en un orden muy determinado, que se tradujeron en el apoyo de cuantos estamentos necesitaba: los barones del partido, la prensa, los sindicatos y la banca. A los demás, incluidos los propios ciudadanos, le aconsejó que no les prestara ni un minuto de atención, ya que solo le consumirían tiempo y energía, sin transmitirle ningún poder, porque en realidad no tienen ninguno.

GR también tuvo suerte. Rencillas internas en el partido conservador, entonces en el poder, hicieron que alguien con ganas de revancha filtrara a la prensa un escándalo de corrupción que salpicó a medio gobierno. Dos ministros habían aceptado dinero ilegal de dos multinacionales para reducir su tasa impositiva, que acabó siendo menor que la de un asalariado de rango medio. Al poco tiempo se descubrió que la práctica no era más que la tapadera de una trama mayor y que el partido en el gobierno se había financiado con grandes cantidades que empresas y particulares donaban a cambio de favores: terrenos que de pronto se convertían en edificables, contratos de exportación a China y a Oriente Medio, concesiones de concursos públicos, además de suculentos contratos con la Administración a precio de oro.

GR capitalizó el escándalo y, también gracias a la estrategia de Manolo, ganó unas elecciones contra todo pronóstico.

Fue precisamente Manolo quien primero le habló a GR de mí. Hacía dos días que Pedro, mi predecesor, había dimitido para irse a Washington, con lo que el presidente había citado a Manolo para hablar de posibles sucesores. Como siempre, quedaron en el Manduca, un pequeño restaurante en la calle Sagasta frecuentado por políticos, escritores, cantantes o actores, todos cercanos a nuestro partido.